

tos, los cien pícaros más caracterizados, según representen una modalidad u otra los hombres a quienes se banquetea. Comprendo que el amigo Benlliure y compañeros de la Liga antibanquetista anatematicen contra los banquetes; pero ya han declarado que no es del banquete en sí de lo que abominan, sino de la posible compañía con el necio, el trapisondista, el megalómano, el despechado, el hombre vulgar y otras mil especies enojosas que integran las sociedades humanas. No será de ese linaje el banquete de esta noche, porque los admiradores de Bagaría tienen que ser, ante todo personas inteligentes, es decir, personas sensibles al talento y la justicia. Más que un homenaje a Bagaría, el banquete será, pues, un homenaje de los comensales a sí mismos, una afirmación de inteligencia, por lo que todos hemos de agradecerle que haya querido poner a sanción, con este acto, más que su talento, el nuestro. Tanto como para él, el honor para nosotros. En lo que se equivoca es en suponer que son pocos sus admiradores; esto es, los inteligentes. Muchos no irán por cortedad de carácter o de medios; pero si fueran cuantos le admiran, no cabrían en todos los salones del Palace.

Dice Meredith que «una prueba excelente de la civilización de un país es el florecimiento de la idea cómica y de la comedia, y la prueba de la verdadera comedia es que ha de despertar una risa reflexiva». En este sentido, España es uno de los países menos civilizados del mundo, si se le juzga por sus actuales creaciones cómicas. Probablemente el pueblo español es uno de los más sensibles al espíritu cómico y uno de sus más finos y fecundos creadores espontáneos. En pocos países la gracia popular es tan sutil y honda, tan humana y justiciera. Y, sin embargo, nada hay tan opuesto a esa fuente perenne de nativa comicidad como el arte actual español, precisamente en una época en que más abunda. Los teatros, singularmente, apenas hacen sino obras que se titulan comedias, pero rarísima vez se representa una auténtica comedia. El ingenio y el humor han degenerado en juegos mecánicos de palabras y en situaciones y personajes de espíritu tan local o anodino, que nada de común tienen con nosotros, con el mundo de ideas y sentimientos, ya eternos, ya transitorios, que cada hombre lleva a cuestas. Pocas cosas hay tan tristes como las producciones de los autores cómicos españoles de nuestro tiempo.

Esta es la mayor deuda que tenemos con Bagaría: que está contribuyendo, como pocos, a despertar el verdadero espíritu cómico, a civilizarnos. «La risa de la sátira—dice Meredith en su *Ensayo sobre la comedia*—es un golpe en la espalda o en el rostro. La risa de la comedia es impersonal y de sin par cortesía, más cerca de la sonrisa; a menudo, no más que una sonrisa. Ríe a través de la inteligencia, pues es la inteligencia quien la dirige, y puede llamársela el humor de la inteligencia». Bagaría rara vez es satírico; ridiculiza sin herir, casi con amor; por eso las víctimas de su genio caricatures-

co nunca se ofenden, a poco inteligentes que sean, y son las primeras en celebrarlo.

Pero su arte es algo más que un episodio cómico; más bien es la mejor crítica del mundo contemporáneo. Es, sobre todo, historia, hermenéutica para comprenderla. La gracia de Bagaría reside en su trágica seriedad. Es un hombre fundamentalmente trágico. Su tragedia es la misma de Rousseau: su gran dolor es que el hombre saliera del estado de naturaleza. No juzga las cosas conforme a una doctrina de partido, de secta, de moral colectiva, sino poniéndose en el punto de vista del hombre primitivo. Durante la guerra no fué, en el fondo, ni aliadófilo ni germanófilo, sino belófono, enemigo de la guerra, y su mejor creación, por ser la más íntima, la más suya, es aquella de la selva poblada de fieras inocentes que echan a correr al grito de: «¡Que viene el hombre!»; luego repetida con frecuencia, como un *ritornello*, como la base ideológica de su «Weltanschauung». Ese odio suyo a la guerra se enlaza probablemente con su horror a la muerte, que le hace llorar a la hora del alba, en el rincón de alguna cervecería, y le sugiere sombrías especulaciones trascendentes; a esa hora en que hay que abandonar ya, porque su tragedia, expresada

Sitios

EL CONVENTO DE GUADALUPE, EN ZACATECAS

Es una tarde gris como esa tarde en que fuimos a ver, en Zacatecas, el Convento a la Virgen... Hojas secas y versos de Ramón López Velarde...

Ibamos cinco amigos. En el pecho nos ardía una llama silenciosa. La luna se rizaba en el barbecho y la carreta inmóvil de la Osa en un campo estelar se detenía... Con la noche invernal, una armonía tímida y juvenil nos encendía, y el corazón tranquilo de la patria junto con los luceros se entreabría...

Era una tarde gris, como esta: un suave movimiento agitaba la agonía de las últimas hojas... Sólo un ave cantaba su elegía, y el corazón romántico partía para ese viaje, que jamás se sabe si de él se puede regresar un día...

Sitios de mi país, a veces pienso que os amo a todos con igual cariño, pero, como en el libro en que, de niño, veía las imágenes del mundo, hay páginas tranquilas que prefiero y ese convento azul, y ese profundo hálito de la noche de febrero en que lo ví, bajo la luna sola, me arrastran en el fleco de una ola de poesía agreste y solitaria que hasta el mismo paisaje lo aureola con un nimbo de incienso y de plegaria...

JAIME TORRES BODÉT

México, D. F.

en trágico, al modo del muy querido Unamuno, con quien tiene tantas afinidades psicológicas, se hace en él terriblemente fastidiosa; su tragedia exige la máscara cómica, y eso es lo fuerte y duradero de su personalidad. De él hay que decir lo que Goethe de Byron: «Tan pronto como reflexiona, es un niño».

Si el mundo moderno le parece una decadencia, piénsese lo que le parecerá España, que es en sí un simulacro o caricatura de ese mundo. Es su obra uno de los mejores documentos para interpretar la actual historia de España. No hay dibujo suyo donde no palpite una fuerte emoción ética, unas veces nacional, otras simplemente humana.

No es su retina uno de esos espejos curvos que deforman las imágenes de las cosas sin animarlas de ningún sentimiento, de ninguna pasión, de ninguna valoración afectiva o moral. Está siempre en lo categórico, pocas veces en lo puramente anecdótico. Es el mejor espejo espiritual de la España contemporánea; pero en vez de querer romperlo—aunque tampoco piense nadie en arrojar la cara—, nos disponemos a darle un banquete. Este raro milagro se debe sólo a su genio verdaderamente cómico, molieresco, humano y profundo, que ridiculiza sin llegar a hacer sangre. Honrémonos hourándole.

LUIS ARAQUISTAIN

Una carta de Unamuno

Sr. D. Ramón Gómez de la Serna.

No sabe usted bien, mi querido Ramón, cuánto siento no poder, más bien no deber ir a estar corporalmente presente—de cuerpo presente—en ese banquete a nuestro Bagaría. Y nosotros de él, puesto que en mucha y buena parte nos ha hecho. Yo al menos le debo lo más—acaso lo mejor—de mi leyenda gráfica. Mi alejamiento material de ese acto medra y ahonda mi presencia espiritual en él. Y como testimonio allá van estas letras, que es como ir yo mismo, lo duradero de mí.

¿Y qué decirles? En estos días turbios, de crepúsculo de alba más que de tarde, pre-natales—o pre-renacentistas—me es costoso recoger mis intuiciones y mis ideas dispersas. Y por eso quiero enfocarlas por la visión que con su estilo me ha dado Bagaría. Que me ha hecho ver en nuestra *verbeneante* humanidad española una trágica *felidad*. Trágica y fétida, pues las caricaturas bagarianas huelen a hedor trágico. Nos ha enseñado a mirarnos y a vernos. A vernos como fetos, y más que fetos pre natales fetos post-mortales. Esas figuras son fetos y sus vestidos son vestidos fetales. Están vestidas de secundinas. Que es la más terrible desnudez. Y parecen envueltas en una placenta. A mí me sugieren fatídicas aprensiones de retro-vida. Diríase que viven en un mundo que va del porvenir al pasado, en un mundo parasitario. Antes ví en el mundo de Bagaría—pues Bagaría, como todo el que tiene estilo, ha creado un mundo—una humani-